

CRONICA DEL ACTO DEL CESE DE LA SOBERANIA DE ESPAÑA EN CUBA.

Por Juan Luis Martin.

M. enero 2/949.

①

PARA el teniente general, Adolfo Jiménez de Castellanos, debió de ser aborrecible la función a que se le destino, desde que el 30 de noviembre de 1898 asumiera la capitania general de Cuba, por relevo del general Ramón Blanco y Erenas y de su inmediato sucesor, el segundo cabo, general Julián González Parrado. El primero aducía que su venida a Cuba había tenido por finalidad implantar la autonomía y enmendar la situación dejada por Weyler, en lo cual había fracasado; y, por tanto, quería aligerarse el peso de la rendición de la isla a los Estados Unidos, tan presto como por el protocolo de tregua tuvo la convicción de que Cuba no sería conservada como colonia española.

Sabía Jiménez de Castellanos que no por alabanza de su persona, ni por sus méritos, sacaban motivos para nombrarle capitán general de la isla, sino arrimando a tan triste honor la consideración de que su figura política y militar, en los azares de la monarquía, no importaba que fuese dañada con aquel nombramiento. No se le subía a tal estado, tan alto, para que se complaciera con el ascenso, sino para que pasara la agonía de la humillación final de su patria. Poca fortuna la suya, al fin, la de tomar aquel cargo por disciplina, después de haberse propuesto a otros que, más influyentes, supieron retener la aceptación hasta negarla, desde principios de agosto hasta fines de noviembre, en que se le aceptó la renuncia a Blanco. El no había podido ofrecer su excusa y allí le había alcanzado el último día de aquel año trágico.

Con los pies en el estribo, quitó la pompa al acto de liquidación de la soberanía española en las Indias, y rebajando humillación, hi-

zolo humilde, descolorido, como faena de campaña infortunada, estragándolo todo con la poca variedad de espectáculos marciales y adoptó todas las prevenciones para que la ceremonia se encogiese a lo que era inevitable hacer. No pudo, sin embargo, librarse en la última escena de aquel drama, de las circunstancias de dolor personalísimo que en todo aquello había y no levantó ánimos para subir a la proverbial altivez española, prefiriendo que se le describiera como sauce llorón, junto al roble enhiesto y lozano que era el mayor general John R. Brooke, que a ofrecer la miserable figura del vencido que provoca a lástima, aunque vistiéndolo con sus mejores trapos ceremoniales, vencido que, a la postre no era él, sino la nación que representaba.

En aquel acto, Jiménez de Castellanos quiso disminuir a su patria la pena de concurrir con los mejores atavíos a tanta humillación y en medio de aquel escenario se dejó afligir, a despecho de su coraje, por la reflexión del contenido que de todas maneras el hecho guardaba en sí; y de nada le sirvió su industria, para que, en los momentos culminantes, pareciera que iba a fallarle el corazón.

Cuando recorrió el trayecto del palacio de la Capitania General al muelle por donde embarcó, estaba doblegado. Aquella había sido una procesión de amargura y todavía restaba, como lo confesó al general Clous y al capitán Hart, mandar las operaciones de repatriación de las fuerzas que aún no habían salido de Cuba y que embarcarían por Matanzas y Cienfuegos.

No pudo juntar las energías de su espíritu al tomar el barco y en la escala dijo llorando a sus acompañantes norteamericanos:— "Nunca más volveré a Cuba y desde a bordo del "Rabat" dictaré

3

Luego llegaron en carruaje los mayores generales Brooke y Ludlow, con sus estados mayores. Al bajarse, las bandas ejecutaron el himno, "The Star and Stripes Forever". Les siguieron los generales Chaffee, Humphreys, Davis y Keifer, saludados por las fanfarrias españolas.

Se produjo un incidente a la llegada del grupo de generales cubanos, José Miguel Gómez, Mario García Menocal, José María Rodríguez, José Lacret Morlot, Alberto Nodarse, Francisco Leyte Vidal, Rafael de Cárdenas y Eugenio Sánchez Agramonte, con el coronel Valiente. A su entrada en el área de maniobras de las fuerzas que rendían los honores, no se tocó atención por las trompetas, como en los demás casos. Pero la banda del II Regimiento de Illinois subsanó espontáneamente la descortesía, ejecutando de improviso el Himno de Bayamo, que los jefes cubanos escucharon poniéndose en atención. Por supuesto, el himno, sin ensayar, mal aprendido y ejecutado probablemente de oídas, dejaba mucho que desear. El hecho pasó inadvertido y no se tuvo más noticia de la ocurrencia, sino por lo que publicaron el día dos los periódicos norteamericanos.

El último en llegar fué el mayor general Fitzhugh Lee, también con su estado mayor y considerable escolta. Todos dieron la vuelta a la Plaza de Armas, a paso lento, hasta situarse con los demás frente a la portalada del Palacio.

Como invitados figuraban en el grupo que aguardaba para entrar a las doce, los señores Lliteras, Albertini y Tosca, miembros de la Comisión de Evacuación norteamericana, en calidad de agregados; el presidente de la Asamblea Cubana, doctor Domingo Méndez Capote; y el senador Daniels, amigo personal del general Lee.

No se invitaron señoras. Para ellas se habilitaron los balcones de los edificios públicos y cuarteles de la Plaza de Armas. Una norteamericana, Mrs. John Adams Fair, que tenía invitación para uno de aquellos balcones, entró por equivocación en el palacio. El coronel Gelpi, ayudante del ca-

pitán general, aunque aceptó sus explicaciones, no le permitió retirarse, porque ya no había tiempo para salir, y la excusó, permitiéndole aguardar y presenciar la ceremonia, en el interior del palacio.

Cuando el mayor general Brooke llegó a la Plaza de Armas, se le presentó el oficial de enlace para la ceremonia de arriar una bandera e izar la otra, comandante Butler, informándole que "desde hacía dos horas los españoles habían bajado la bandera y alegaban no tener otra para izar, respondiendo a toda otra pregunta que les hacía con un desdénoso movimiento de hombros". El general Brooke, viendo que faltaba poco para las doce, le dijo que no se preocupase más del asunto y que, llegada la hora, izara en el asta vacía la bandera de los Estados Unidos.

En los primeros momentos, se pensó que la desaparición de la bandera española era intencional, pero los españoles explicaron después que el reglamento vigente sobre el uso de la bandera ordenaba que sólo se izara en los días festivos, y como aquél no lo era para ellos, no había ninguna disponible. En La Cabaña se registró un incidente similar; allí estaba inutilizada la driza. En el Morro, la bandera de los Estados Unidos no fué izada en el mismo mástil de donde había sido arriada la española.

Después de despedir al comandante Butler, que salió a ocupar su puesto junto al asta, el general Brooke entró en el palacio con el mayor general Wade; les seguían los generales Lee, Butler, Ludlow, Chaffee, Davis y Keifer, y luego los oficiales de estado mayor, los generales cubanos, los invitados civiles y el cónsul general de Inglaterra, Jerome, que en La Habana había representado a los Estados Unidos, desde la ruptura de relaciones. Todos los generales norteamericanos vestían de gran gala; los cubanos llevaban sus sobrios uniformes de ciudad.

En el salón de recepciones, aguardaba el general Adolfo Jiménez de Castellanos, con uniforme de campaña, de rayadillo, sin espada ceremonial, teniendo a su lado a sus dos hijos, a sus ayudantes y a los coroneles Benítez, Gálvez y Girauta, con la restante

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

REVISTA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

2

las últimas órdenes que haya que dar para evacuar a los soldados que aún quedan en Cuba"

Los generales norteamericanos se acomodaron al deslustre de aquellas ceremonias. A la única razón que enderezaban sus pasos era acabar cuanto antes de asumir la soberanía y procuraron, como mejor establecieron las circunstancias, encubrir su victorioso júbilo, porque claramente sabían que si algo iba a empañarse era su afán de honrar a la bandera del vencido, para quien no sentían odio, que al fin la memoria de lamentos y dolores pasados era de los cubanos, que tanto los habían sufrido, y que, en el momento final del drama, se sentían generosos, sin hablar de sus grandes justificaciones, de la tragedia atribuladora que su tierra ahora descarnada había vivido. Ni frases de reprobación ni achaques inculpatorios pronunciaron los generales cubanos, sino que acudieron solícitos, no para gozarse en la humillación, sino para decir y escuchar decir que el rencor no hallaba suelo fértil en la isla desolada. Todos los sentimientos anteriores, móviles de bríos heroísmos, se apagaron ante la doliente figura del último capitán general de Cuba, que certificó el tramonto de un sol de imperio.

De conformidad con las estipulaciones del protocolo de armisticio (12 de agosto de 1898) y del tratado definitivo de paz (10 de diciembre), la soberanía española cesaría en Cuba, Puerto Rico e Islas Filipinas; y por instrumento del convenio local de tregua concertado por las respectivas comisiones de evacuación (27 de diciembre), España arriaría su bandera del castillo del Morro y del palacio de la Capitanía General, procediendo a rendir la plaza a los representantes del Presidente de los Estados Unidos.

Las fuerzas españolas de la capital habían ido evacuando seccionalmente hacia el puerto, por barrios, y por la mañana del día de Año Nuevo habían embarcado en dos mercantes armados, un crucero protegido y dos cañoneros, para repatriarse.

Los norteamericanos, al mando del general Fitzhugh Lee, que formaban un cuerpo de 7,500 hombres, tendíanse desde el Vedado, por San Lázaro, Prado, Parque Central y demás plazas de la misma sección, hasta la Calzada del Monte, con el grueso de la columna a lo largo de la Calzada de San Lázaro y en las calles de Colón y Monserrate.

De tropas españolas sólo quedaban en la ciudad las compañías que habrían de rendir los honores en el Morro y La Cabaña, a las banderas, en el momento del cambio de soberanía, y la II Compañía del Batallón de Infantería de León, al mando del capitán Rafael Salamanca, que, bajo la dirección del comandante Florencio Huertas, realizaría la misma función en la Plaza de Armas. Otra sección destacada del mismo batallón, a las órdenes de los tenientes Adriano Argiuelles, Juan Villalba y Teodomiro Gelpi, hacía la última guardia en el palacio de los capitanes generales.

De la parte exterior de la compañía de Rafael Salamanca, cubría la carrera el VIII de Infantería de los Estados Unidos, con la banda de música completa, teniendo al frente al tambor mayor, Jacob Haeft, hombre de gran talla, con uniforme de gala.

Las fuerzas españolas habían embarcado sus bandas militares y en la Plaza de Armas sólo quedaban las fanfarrias del Batallón de León.

El orden del ceremonial era el siguiente: primero entrarían en el palacio de la Capitanía los componentes militares de la comisión norteamericana de evacuación; luego, el representante del presidente de los Estados Unidos, acompañado del gobernador de la plaza de La Habana, con el estado mayor; después los generales cubanos de la guerra de independencia que a la sazón se hallaban en la ciudad; seguidamente, los restantes oficiales generales de las tropas norteamericanas con su estado mayor, y, al final, el jefe norteamericano de las tropas de la guarnición.

Todos estarían en la Plaza de Armas aproximadamente a las once y media, prestos a entrar en el palacio para la entrega de la soberanía, a las doce.

Momentos antes de llegar a la Plaza de Armas los generales norteamericanos, seis compañías del X de Infantería Regular, que cui-

daba del orden hasta dos cuadras en torno del edificio, formaron sobre el parque, en hileras, frente a la puerta principal. El II Regimiento de infantería de Illinois, con su banda de música, adelantó fuerzas del lado de O'Reilly.

A las once y media en punto llegaron a caballo los generales Wade y Butler, de la comisión de evacuación, con su estado mayor y escolta.

La banda de música del VIII de Infantería rompió a tocar la Marcha de Cádiz, uniéndosele las trompetas de las tropas españolas. Los generales, que habían descendido por Obispo, dieron la vuelta completa a la Plaza de Armas.



3

4

oficialidad de la plana mayor. Junto a ellos, la Comisión de Evacuación, de la que estaba ausente Rafael Montoro, por la consideración de que él en aquellas transacciones había representado al disuelto gobierno autonómico de la isla; y, de uniforme completo, el cónsul general de Francia, Martín.

Jiménez de Castellanos tendió fríamente la mano a los generales norteamericanos, Brooke y Wade, quienes, con el resto de su comitiva, se colocaron del lado de la calle de O'Reilly.

Detrás de los norteamericanos entraron en el salón los generales cubanos. El capitán general se les aproximó y hablando con Mayía Rodríguez manifiestamente emocionado, le expresó que como militar español creía haber cumplido con su deber y que en Cuba su conciencia le decía que había sido leal a sus principios, como general y como caballero, obrando sin rencores, y que nunca los tendría para ningún cubano, puesto que, al cabo, cubanos eran también sus propios hijos. Terminó expresando que ellos bien podían comprender la intensidad de su dolor en aquella hora.

El general Mayía Rodríguez, no menos emocionado, dijo, en nombre de todos, que reconocían que él había cumplido con su deber de fidelidad a la bandera española; y que los cubanos, a quienes había tocado defender con la misma devoción la bandera de la libertad, también habían cumplido con sus deberes, y que ahora tampoco sentían rencor hacia él o hacia los españoles en general. Agregó que todos creían cercana la fecha de la independencia y que esperaban que ese día llegase para, en el mismo lugar, con redoblada satisfacción y contento, izar la bandera por la cual habían jurado morir o vencer.

El gran reloj mural rompió la primera campanada de las doce. Comenzaba la salva de La Cabaña. No se había apagado el eco del primer estampido, cuando la segunda pieza mezcló la detonación de la segunda descarga; y así, hasta el tercer cañonazo irregularmente.

El último representante de España en América se apartó lentamente de junto a los generales cubanos, quienes quedaron formando con los dos grupos un ángulo recto.

Pálido, inclinado en su abatimiento, se adelantó hacia el centro, encontrándose con el general Wade, que, como presidente de la Comisión Norteamericana de Evacuación, en ausencia del almirante Sampson, recibiría la plaza.

En medio del recogido silencio, con voz refrenada por la emoción apenas contenida, que dos lágrimas escaparon de sus ojos, aquel soldado de España leyó las palabras protocolares. Dijo, tomando al fin el tono de lectura de los documentos militares:

"Señores:

En cumplimiento de lo estipulado en el Tratado de Paz, de lo convenido por las comisiones militares de evacuación, y de las órdenes de mi rey, cesa de existir desde este momento, hoy primero de enero de 1899 a las doce del día, la soberanía de España en la isla de Cuba y empieza la de los Estados Unidos.

Declaro por tanto a ustedes en el mando de la isla y en perfecta libertad de ejercerlo, agregando

que seré el primero en respetar lo que ustedes determinen.

Restablecida como está la paz entre nuestros respectivos gobiernos, prometo a ustedes que guardaré al de los Estados Unidos todo el respeto debido y espero que las buenas relaciones ya existentes entre nuestros ejércitos continuarán en el mismo pie, hasta que termine definitivamente la evacuación de este territorio por los que están bajo mis órdenes".

A la terminación de estas palabras, el capitán Hart, agregado de la Comisión de Evacuación, dió un paso al frente, saludó militarmente al general Jiménez de Castellanos y tomó de mano de éste un pliego manuscrito del cual tradujo, en voz alta, lo que el capitán general acababa de decir.

Cuando el capitán Hart concluyó la lectura, el general Wade giró sobre sus talones, se cuadro ante el mayor general John R. Brooke, a quien comunicó que, a partir de aquel instante, quedaba investido con el cargo de gobernador general de Cuba.

Entonces, el general Brooke dijo:

"Señor:

En nombre del gobierno y del Presidente de los Estados Unidos acepto este grande encargo y deseo a ustedes y a los valientes que lo acompañan, que regresen felizmente a los hogares patrios. ¡Quiera el Cielo que la prosperidad los acompañen a ustedes por todas partes!"

Sonó entonces la corneta de órdenes en el patio del palacio y el comandante Butler, del primer regimiento de infantería regular, teniendo a su lado al capitán ayudante, Field Page, al sargento Schenler y al soldado Ginoles, izó la bandera norteamericana. Dos bandas militares situadas en la Plaza de Armas ejecutaron el "Star Spangled Banner".



4

5

49

Terminada la ceremonia, los oficiales españoles formaron dos hileras en el salón y entre ellos pasó el general Jiménez de Castellanos, siguiéndole en grupo los que le asistían y desde la puerta las fuerzas de la última guardia del palacio.

En el trayecto, las tropas norteamericanas presentaron armas y se mantuvieron en atención hasta que el general embarcó, y las dos compañías españolas le rindieron los honores de ordenanza.

El único hecho notable que ocurrió en el corto recorrido se produjo al pasar más allá del Templete la comitiva. Una mujer que estaba en un balcón sacó una bandera española y la agitó gritando:—“¡Viva España!”

El general y su séquito se detuvieron. Saludaron llorosos aquella enseña y a la mujer, y con voz apagada, dijeron, más que gritaron, tres veces: “¡Viva España!”

El general Clous y el teniente Hart, designados ayudantes del general Jiménez de Castellanos tomaron con él la lancha que lo llevó al vapor “Rabat”, acompañándolo hasta la caseta.

En el muelle, había hombres y mujeres españolas enlutadas. Todos lloraban. Estuvieron allí hasta que los barcos se alejaron. Y, a la partida, no agitaron pañuelos ni se despidieron moviendo las manos.

En La Cabaña, se presentaron el teniente coronel Livermore y los tenientes Lee, hijo del mayor general Fitzhugh Lee, y Jones, por el ejército, y el sargento abandonado, Webster, contraestre Hill y bombardero Applegate, del crucero “Brooklyn”, por la escuadra. En el caballero de la fortaleza no ondeaba la bandera de España y la driza del asta estaba inservible. Dos marineros del “Brooklyn” treparon en el mástil y pusieron nuevas drizas. El teniente Lee pidió del oficial español, teniente Cacho, que izara la bandera española, con el fin de que las fuerzas norteamericanas la saludasen. El teniente indicó hacia el Morro. El semáforo señalaba las doce. La gente del “Brooklyn” debió comprender, pues hicieron desde el puente una señal para que se prescindiera de la ceremonia y la batería de salvos de La Cabaña, montada por los marineros del crucero norteamericano, comenzó el saludo, izándose la bandera de los Estados Unidos, con lo cual y la entrega de las llaves y el inventario, por el teniente coronel Cavestany, que representó al ejército español, quedó terminada la rendición.

En el Morro, el sargento de administración, Mersoig, arrió la bandera española, que estaba izada sobre el mástil anterior del semáforo. El teniente Wade, hijo del mayor general Wade, izó la norteamericana en el mástil posterior de la caseta.

Desde una casa de la calzada de San Lázaro, cuando se desplegaba la bandera de los Estados Unidos sobre la plataforma de honor del Morro, alguien izó dos heliógrafos, que arrastraban una gran bandera cubana y así, aquel día, como un anhelo, durante varias horas, ondeó a los vientos, aunque no desde aquel baluarte del viejo castillo, el tricolor de Cuba Libre.

Retirados los españoles del palacio, el general Brooke saludó, ya como gobernador, a los generales cubanos. Al darles la mano, dijoles que se honraba en estrecharselas, porque habían sido fieros combatientes de la libertad. Brooke era veterano de las campañas de Lincoln.

El general José Lacret Morlot, tomando la palabra por todos, hizo una corta elocución, prometiendo ayuda y lealtad de parte del ejército libertador y del pueblo de Cuba para que las tropas norteamericanas dejaran establecido en la isla un gobierno cubano, libre e independiente.

El general Brooke respondió evadiendo la respuesta al punto que se le planteaba en relación con la independencia de Cuba. Dijo: “Mi gobierno me ha enviado para que en Cuba establezca ese orden que en la isla por muchos años ha sido desconocido. Para tal finalidad, es menester que yo cuente con el apoyo de ustedes, aguardo extraordinaria asistencia en quienes deposito mi mayor confianza. De todos ustedes, pues, y, del pueblo, espero cooperación”.

El general Lacret replicó que el gobierno militar de los Estados Unidos podía tener la seguridad de que los oficiales del ejército libertador de Cuba harían cuanto en sus manos estuviese para restaurar en Cuba las condiciones de paz y prosperidad.

De intérprete actuó el capitán Field Page.

Tras de retirarse los generales cubanos, fueron recibidos los componentes del Ayuntamiento y después el claustro universitario en pleno, con sus togas académicas. Y, al final, diversas representaciones.

5

(6)

Poco después de las doce y media, el general Brooke, con su comitiva, salía para el Hotel "Inglaterra", y desde la Acera del Louvre revistó a las fuerzas norteamericanas.

El cese de la soberanía española en Cuba se redujo, pues, a la significación intrínseca del acontecimiento histórico en sí. Las au-

toridades españolas quisieron, de su parte, despojarlo de espectacularidad. Procuraron hacer contraste entre sus uniformes de campaña y los de gala de los generales norteamericanos, restando todo brillo especial al hecho. Acortaron las fuerzas que dejarían en la ciudad en el último momento a lo imprescindible; y evitaron multiplicar las ceremonias de arriar banderas, reduciéndole sólo a la del castillo del Morro; y, para esto, las fuerzas que dejaron en la fortaleza del siglo XVI se limitaron a lo estricto. Con esto no honraron al pabellón que se izaba. La prensa norteamericana reprochó a los españoles el haber sustraído a la ceremonia el esplendor que se pensaba habría de tener y que para España habría aumentado la humillación, y la prensa española comentó que el haber ido en gran uniforme los generales norteamericanos al acto acreditaba moderación e hidalguía.

Pero de lo que más se ufanaron los periódicos integristas de la Península fué de que inmediatamente después de arriada la bandera española no se izara la de Cuba Libre.

alguien recordó con razón: "Lo mismo hicieron los ingleses en Yorktown rindiéndose a La Rochambeau y no a los generales norteamericanos de la independencia".

Por eso, Máximo Gómez registró en su Diario (8 de enero) un comentario de amarga pesadumbre y de herida emoción.

M, en 2/49

No es posible, en los actuales, traver los problemas d con visión unilateral focando sólo aspec como en dicho proy no cabe hablar, con tífico, de protecció sin considerar, por l tos cuatro postulad

1.—La unidad de básica, para que al considere como tal utilidad importante un solo código o cue das las disposiciones a ofrecer protección menor.

2.—La unidad de asegura el control ción, a través de u central (Consejo u

n
a
o-
e-
ur
i-
a-
i-
o
de
al-
X
su
i-
a-
r-

de
del
de
ne-
que
tri-
no
ti-
do-
io-



Estados Unidos en La Habana, que tuvo bajo su mando las tropas de ocupación de Nuevo de 1899. Aquí aparece con su Estado Mayor.



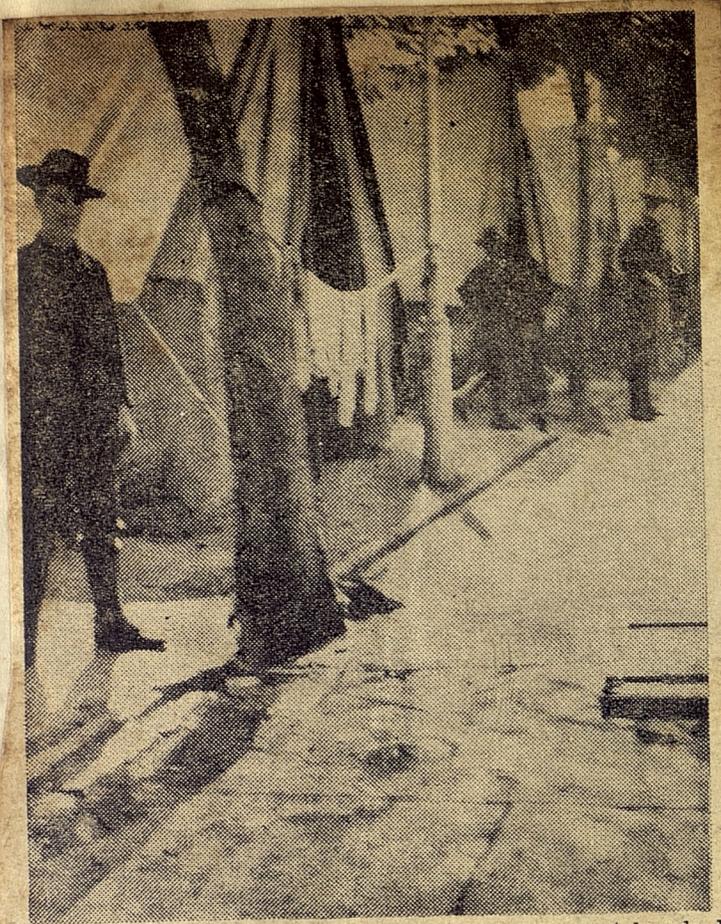
PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

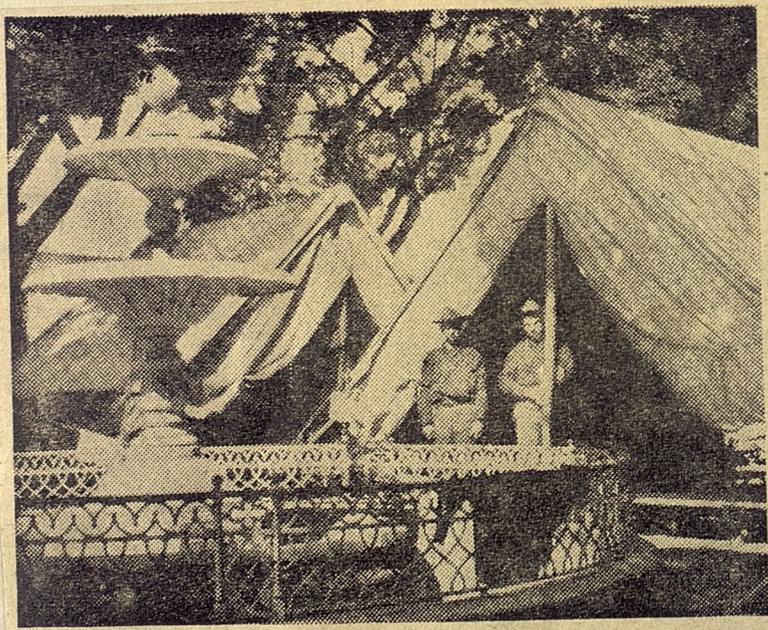


Mayor general Fitzhugh Lee, ex cónsul de los Estados Unidos en La Habana, que tuvo bajo su mando las tropas de ocupación de la plaza, el día de Año Nuevo de 1899. Aquí aparece con su Estado Mayor.


 PATRIMONIO
 DOCUMENTAL
 OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA



Debido a las condiciones poco higiénicas de los cuarteles de La Habana, las tropas de los Estados Unidos pusieron sus campamentos en los parques. La fotografía muestra una sección de la policía militar norteamericana, acampada en Prado y San José. En esta situación estuvieron hasta que se fundó el Cuerpo de Policía en la Capital.



Campamento que puso el X Regimiento Regular de los Estados Unidos, desde enero a marzo de 1899, en el Campo de Marte. Estas fuerzas fueron luego trasladadas a Los Quemados, para formar el Campamento de Columbia.



Tropas españolas dirigiéndose al muelle el día de la evacuación.